

Sociología en el espejo

Alejandro Blanco
Luiz Carlos Jackson

Sociología en el espejo
Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios
en Brasil y en la Argentina (1930-1970)

Prólogo de Sergio Miceli

UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES

Rector
Mario E. Lozano

Vicerrector
Alejandro Villar



Bernal, 2015

Colección Intersecciones
Dirigida por Carlos Altamirano

Blanco, Alejandro
Sociología en el espejo: ensayistas, científicos sociales y críticos
literarios en Brasil y en la Argentina 1930-1970 / Alejandro
Blanco y Luiz Carlos Jackson; con prólogo de Sergio Miceli.
- 1a ed. - Bernal : Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
272 p.; 20x14 cm. - (Intersecciones / Carlos Altamirano)

ISBN 978-987-558-364-1

1. Sociología. 2. Brasil. 3. Argentina. I. Jackson, Luiz Carlos
II. Miceli, Sergio, prólog. III. Título
CDD 306

© Alejandro Blanco. 2015
© Luiz Carlos Jackson. 2015
© Universidad Nacional de Quilmes. 2015

Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal, Provincia de Buenos Aires
República Argentina

editorial.unq.edu.ar
editorial@unq.edu.ar

ISBN: 978-987-558-364-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina

Índice

Prólogo. Sociólogos en pelea, <i>por</i> Sergio Miceli	9
Agradecimientos	21
Introducción	25
La batalla de los géneros	45
Sociologías comparadas	91
Los escenarios de la crítica	175
Consideraciones finales: cuatro ases	237
Bibliografía	251

Prólogo
Sociólogos en pelea
Sergio Miceli

La colaboración entre Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson encaró los desafíos con los que se depara la nueva generación de científicos sociales afectos a la sociología de la cultura. Tuvieron que habérselas con litigios de frontera disciplinar en la huella de aquellos con que se debatían los pioneros de la sociología y de la crítica literaria entre las décadas de 1930 y de 1960. A pesar de la autonomía institucional y académica hoy vigente, sociólogos y críticos literarios se nutren de tradiciones intelectuales conflictivas que balizan discordancias renitentes, en el recorte de objetos de indagación, en el modelaje de perspectivas analíticas y en los focos privilegiados de observación.

Se trata –conviene subrayar– de un campo intelectual en constitución, rehén de los soportes impresos, estadio final que coincidió con el desmonte progresivo de la legitimidad disfrutada por la literatura y por las artes. Los autores perfilan las cuñas que habrán de deshacer desde adentro las jerarquías y las clasificaciones entonces vigentes. La ascendencia de las ciencias sociales, la avalancha de vulgatas ofrecidas por los nuevos medios de la industria cultural, el reclutamiento de la generación intelectual emergente en los sectores medios educados, en familias de origen inmigrante, tales cambios afectaron de lleno la centralidad de la literatura y, en consecuencia, el tenor de innovación y el poder de impacto de la crítica literaria. La agenda de preocupaciones

prevaleciente en otras disciplinas humanísticas pautó los móviles de la competencia en el interior del campo intelectual.

Los autores están poniendo las manos en el avispero, que tuvo rasgos distintos en esos países, pero no se acobardaron frente a las dificultades de reconstruir el mapa astral de los contenciosos y de los desacuerdos. La disputa continúa rindiendo partidos electrizantes, con penalidades cobradas por *cracks* y epígonos, pero sin prórroga. Las confrontaciones entre escritores, ensayistas, críticos literarios y sociólogos se mueven en torno del arbitraje por la autoridad en materia cultural. La pelea se torna tanto más incendiaria cuando los recursos empleados sobrepasan la jurisdicción del campo cultural. Los episodios controvertidos de compromiso o de evasión de los intelectuales de cara a la arena política, a lo largo de los regímenes peronista y varguista, ilustran los litigios de soberanía en que se mueven.

Lo que fuera peculiaridad de un círculo exclusivo de letrados provenientes de la élite criolla, abrigados por la revista *Sur*, en medio de la borrasca peronista, se acomodó en nichos en el interior de los cuales estetas se dirigían a la audiencia cautiva de pares. Los experimentos del grupo *concretista* brasileño evidencian *impasses* congéneres, enfrentados por artistas de “vanguardia” sin repercusión fuera del gremio de los entendidos.

El capítulo inicial referido a las líneas de continuidad entre los ensayistas de la década de 1930 y la primera generación de sociólogos, radicados en la universidad, arriesga una interpretación matizada de ese momento clave de transición en la historia intelectual sudamericana. Aun cuando bastante esclarecedores, no voy a detenerme aquí en los registros acerca de los altos y bajos de la “literatura de ideas” *versus* la “literatura de imaginación”, en el movimiento temático, estilístico y político de la historia intelectual. Basta retener de ese embate la prominencia del ensayo político argentino (Sarmiento, Alberdi) y de la novela (Machado de Assis) como géneros dominantes y modelos de excelencia intelectual en el arranque decisivo para la fisonomía de la práctica literaria.

La trinca del “ensayo espiritualista” argentino (Raúl Scalabrini Ortiz, Ezequiel Martínez Estrada y Eduardo Mallea) se había involucrado

con brío en la vanguardia literaria en los años de 1920, habiendo invertido, en medida dispar y conforme el arbitrio concesivo de los mentores, en géneros convencionales –cuentos, poesía y novelas–. El éxito esmirriado y cierto agotamiento del venero literario los estimularon, por cierto, a transmutar rescoldo ficcional y sedimento autobiográfico en ensayos, en diálogo con la vertiente nacionalista concebida por los baluartes de la “generación del Centenario” (Leopoldo Lugones, Manuel Gálvez y Ricardo Rojas).

Prensados entre el cercenamiento a que se vieron relegados como epígonos y la desorientación política sobrevinida con la caída del radicalismo, los jóvenes autodidactas se lanzaron a la apuesta de testarse como intérpretes osados de la crisis generalizada ocurrida en el país. Les pareció la manera de esquivar el papel de coadyuvantes de la vanguardia criolla –de Borges y del séquito de acólitos del “arte por el arte”–, aferrándose a la oportunidad de vocalizar quejas y resentimientos, en el interior de un campo intelectual todavía carente de ensayistas con capital en nuevas especialidades humanísticas. Mas el rechazo de la perspectiva histórica y política de la formación social argentina emprendida por Sarmiento y Alberdi ni siquiera les garantizó la recepción incondicional que esperaban de la revista *Sur*, de la cual eran colaboradores.

Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson demuestran con acierto las diferencias de bagaje educacional y de repertorio entre la generación de ensayistas argentinos y los cofrades brasileños (Gilberto Freyre, Sérgio Buarque de Holanda y Caio Prado Júnior). Quiero subrayar dos trazos que merecen realce en ese contraste. Los brasileños pertenecían a clanes familiares prestigiosos de la élite nativa, detentores de un capital social y político envidiable; los argentinos eran todos provincianos, vivían del trabajo en la prensa, de empleos públicos –en el servicio de correos, en la universidad–, distantes de cualquier oportunidad de protagonismo político, apartados de la nata dirigente –excepto Mallea–, sedientos de una legitimidad intelectual que les fue de cierto modo concedida, pero diferida en el tiempo, a cuentagotas. Desde entonces y hasta hoy, osciló

bastante el lugar de los ensayistas en la jerarquía de prestigio intelectual, en cuanto el aplauso a los brasileños se tornó unánime.

A pesar de tales diferencias de clase y de estatus, es forzoso reconocer un hilo temático común en la argamasa del ensayismo practicado por unos y otros. No obstante el tratamiento conceptual y analítico radicalmente distinto, existen señales de proximidad, si no de entente. Me refiero, por ejemplo, a los capítulos sobre ciudades, piezas de resistencia en los ensayos coetáneos de los pequeños profetas argentinos y de los precursores brasileños del científico social.

El hombre que está solo y espera, de Scalabrini Ortiz, configura un espejo en que todos pueden reconocerse, el equivalente para Buenos Aires de lo que *Martín Fierro* fuera para la pampa. El libro venía a rellenar el vacío de la mitología urbana, ya reclamada por Borges en *El tamaño de mi esperanza*. La biblia de enaltecimiento redactada por el escriba interiorano instituyó el “hombre de Corrientes y Esmeralda”, punto de confluencia de la leyenda citadina, polo magnético de la sexualidad, sitio urbano de resonancias mágicas, como arquetipo de Buenos Aires, metonimia del ente nacional, fruto de la mezcla entre trazos míticos y registros documentales. El tango, el fútbol, la prensa, la conversación en los cafés, las relaciones desiguales entre hombres y mujeres componen un escenario cosmopolita que convierte a la capital en sujeto ahistórico.

El capítulo “Buenos Aires” de *Radiografía de la pampa*, de Martínez Estrada, esboza un retrato pesimista de la capital artificial y enferma que, en manos de políticos curanderos, determinó la ruina del campo, pulso verdadero del país. La capital condensa los atributos nefastos de la desdicha nacional: emporio del capital extranjero, drenaje de las energías y las mercaderías procedentes del interior, una pampa disimulada que sorbe la savia de la provincia, abrigo hinchado de los inmigrantes y de los “cabecita negra” que ponen en riesgo el país auténtico.

En el caso de Sérgio Buarque de Holanda, las diferencias entre las colonizaciones española y portuguesa, en lo tocante a las ciudades en el Nuevo Mundo, se explican por la trama de constricciones económicas, sociales, administrativas y políticas, tal como evidencian los argumen-

tos de prueba en el capítulo “O sementeiro e o ladrilhador” de *Raízes do Brasil*. En vez de un *leit-motif* en el cual desaguan toda suerte de registros anecdóticos y de asertivas bombásticas, en la cantinela del “martínez-estradismo”, la ciudad latinoamericana es sustrato de una reconstrucción histórica del mundo social. En lugar de pretexto para invectivas con tonos de consuelo o de catástrofe, la ciudad como trazado espacial de una causalidad de múltiples facetas, a la manera weberiana.

El capítulo de Blanco y Jackson consagrado a la emergencia de la sociología se aferra con brillo al impacto de la política sobre las condiciones de vida y de trabajo de los científicos sociales. Los pasajes sobre “elecciones” temáticas encarnadas por Gino Germani y Florestan Fernandes, en reacción a las vicisitudes de la coyuntura –las intervenciones decretadas por el peronismo, las arbitrariedades del régimen militar brasileño pos 64– señalizan el enfoque distinto de politización, en el trabajo de interpretación sociológica, y como que preanuncian las tomadas de posición doctrinarias en el calor de las peleas de facciones.

En apariencia, *Política y sociedad en una época de transición*, el libro de Germani, logra un diagnóstico innovador sobre la inmigración masiva en el modelaje de la Argentina moderna al desvendar la génesis y el significado sociopolítico del peronismo. Convencido de la necesidad de la “desperonización”, palabra de orden imperativa en el entendimiento de la inteligencia antiperonista, Germani concibió la obra en respuesta a la encomienda del presidente Aramburu, meses después de la caída de Perón. Lectura obligatoria en la bibliografía al alcance de mi generación de científicos sociales, el texto de Germani sonaba tanto más novedoso por la dicción olímpica, trasatlántica, capaz de apelar al raciocinio apaciguado y conservador de la sociología sistemática. Por lo que se percibe en las entrelíneas, el autor pretendía discriminar el discurso “neutro” del juicio pasional sobre el peronismo. Ni una cosa ni otra, en la medida en que el “científico” agasaja el *parti-pris*. Tal vez hoy la obra decepcione por cuenta de la sumaria ecuación interpretativa y del lenguaje conceptual, álgido y poco denso, con el que el autor busca dar cuenta del enigma sociológico suscitado, en la jerga de la época,

por la irrupción populista. En el saldo, sobra poco de historia social y de práctica política en la disposición de variables esclarecedoras.

Anterior al trabajo de Murmis y Portantiero sobre los orígenes del peronismo, Germani formula con justeza algunos elementos cruciales del diagnóstico y, al mismo tiempo, higieniza, por así decir, el nexo entre la clase obrera y el nuevo régimen: primero, al minimizar el papel ejercido por los líderes sindicales; segundo, al retratar a Perón en claves que lo descalifican en términos éticos y políticos. Todo ocurre como si el peronismo fuese engranaje perverso, lubricado por exceso de pueblo y por la desfachatez del líder usurpador. No obstante, el desliz normativo no le impidió considerar las transformaciones morfológicas, perceptibles desde mediados de la década de 1920 hasta el estertor de los arreglos elitistas conducentes al golpe militar de 1943. Tales cambios fueron habilitando a los protagonistas de la nueva escena política: los militares, los dirigentes sindicales y una fracción del empresariado industrial. La sociología de Germani fue, en alguna medida, pautada por el designio revanchista de la “desperonización”, en los años de “alivio” subsecuentes a la caída de Perón, en medio de la retomada de la universidad pública por la élite de intelectuales que de allí había sido alejada.

El itinerario intelectual de Florestan Fernandes también se orientó por la profesión de fe cientificista, imperante en las instituciones en que se formó y en las cuales adquirió la titulación académica. En la primera fase, trabajó con folklore y con la sociedad indígena tupinambá, “temas fríos”, en la designación acertada de este ensayo, distantes de la agenda política brasileña de la segunda posguerra. Dio un giro al interesarse por la cuestión racial y por la presencia del negro en la jerarquía social, tocando la herida de la sociedad por el flanco de la desigualdad, en vez de mirar el varguismo por la óptica populista, más tarde convertida en canon interpretativo. Florestan transitó de ese *interregno* de ajuste de cuentas con el enigma racial hacia el análisis de la expansión capitalista de una sociedad de clases, reiterando el foco en las luchas sociales en detrimento de argumentos de sesgo *politicista*. Los libros posteriores al golpe de 1964 profundizaron el viraje crítico del sociólogo académico,

amargado por la jubilación compulsiva, presto a reconvertirse en parlamentario. En cuanto Germani, presintiendo lo peor, prefirió el segundo exilio, acogido por la Universidad de Harvard, meses antes del golpe militar de Onganía en 1966, Florestan logró afirmarse como político militante de izquierda.

El capítulo final esclarece la cuestión de las raíces sociales e institucionales que moldearon el período áureo de maduración del campo literario argentino y brasileño entre 1930 y 1960. Las figuras claves de Antonio Candido y de Adolfo Prieto sintetizan los rasgos diferenciados en el ejercicio de la crítica literaria. La formación intelectual, la inserción académica, los ingredientes sociológicos de la factura crítica, evidencian las determinaciones decisivas de un destino social e intelectual. Beneficiarios de entrenamiento académico esmerado, Candido tomó aliento en un espacio universitario indemne a la intemperie política, vacilante entre la sociología y la crítica; Prieto abjuró de la vertiente filológica y estilística, en boga en la facultad porteña, en pro de una historia social de la literatura, habiendo sido relegado a universidades de provincia.

Candido se afirmó como crítico literario escribiendo en los diarios, en momento de inflexión del prestigio de la literatura en la escena cultural. Heredero de la tradición que remontaba a Silvio Romero y a José Veríssimo, sucediendo a las lumbreras del premodernismo (Alceu Amoroso Lima, Álvaro Lins), dio continuidad a la práctica del oficio, en medio de una división del trabajo literario en la cual los escritores no tenían la pretensión de arbitraje. A su turno, Prieto tuvo que constatar la unanimidad en torno de Borges y probar mérito en revistas culturales posperonistas, en el interior de un campo cultural comandado por la aristocracia social y literaria al frente de la revista *Sur*.

El embate en torno de la autoridad cultural, o mejor, la disputa por la condición de árbitro de la excelencia del trabajo intelectual, constituye el hallazgo comparativo del libro. La inteligibilidad de las condiciones sociales responsables por el confinamiento de la actividad literaria legítima al espacio segregado de una élite privada de escritores rentistas, tal

como sucedió, en el caso argentino, en torno del proyecto estético radical liderado por Borges, permite dar cuenta del éxito retumbante de esa apuesta simbólica en los planos nacional e internacional y, al mismo tiempo, de la disminución de ese vivero por la escasez de combatientes en la generación subsecuente. La práctica de géneros como la novela policial, el hibridismo entre ficción y ensayo, el delirio perfeccionista de una escritura literaria sin máculas tangibles del mundo social circundante, constituyen rasgos salientes del formalismo borgeano, secundado por la evasión fingida frente a la escena política doméstica. La dominación incontrastable de los sacerdotes del hechizo literario sustrajo el proyecto purista del radar de la crítica literaria, a veces ejercida, en clave menos impresionista, por universitarios procedentes de familias inmigrantes y desprovistos de los foros de grandeza de los magos letrados.

Prieto reivindicó la condición de árbitro por medio de un análisis certero de las transformaciones sufridas por la literatura autobiográfica, género considerado hasta entonces como subalterno, en conexión con la genealogía de las élites políticas e intelectuales. Más tarde, como ejemplo de lo que hizo Candido sobre la formación de la literatura brasileña, Prieto concibió una historia social de la literatura argentina que se tornó obra de referencia. El golpe de Onganía también provocó la renuncia de Prieto a la Universidad Nacional del Litoral, instado así al periplo en el exterior, de inicio como docente en Uruguay y en Francia; más tarde, con la dictadura de 1976, emigró a los Estados Unidos y permaneció allí por cerca de quince años.

La fuerza interpretativa de este trabajo reside en el denso haz de variables en juego, desplegadas en estirado ciclo histórico, que remonta a las fases iniciales de la vida intelectual en Brasil y en la Argentina. El origen social de las generaciones actuantes en la escena cultural posindependencia, el doble vínculo de los escritores con las letras y con la política, los grados variados de internacionalización y de dependencia de la inteligencia, los marcadores institucionales de la actividad intelectual —en la prensa, en las revistas, en las editoriales, en la universidad—, la

formación educacional, las especies y los volúmenes de capital acumulado, la morfología de los públicos consumidores de esa producción de nicho, el poder de atracción y repulsión ejercido por las herencias doctrinarias, los patrones de carrera y de desempeño de los mentores y de los líderes, los lenguajes, los paradigmas conceptuales y los esquemas analíticos de interpretación de las obras; he ahí, en síntesis, las líneas de fuerza en que se estriba el argumento.

En lugar de la cantinela vaporosa en torno de los méritos y límites de formalistas y contextualistas, el ensayo punzante de Alejandro Blanco y Luiz Carlos Jackson lidia con las transformaciones que los condicionantes externos imponen al orden de constricciones internas a la actividad intelectual. El manejo perspicaz de ese vaivén de constreñimientos asume sin vergüenza el recado sociológico y pone al desnudo las prácticas de intelectuales difíciles de ignorar, y en cuya apreciación es dispensable la reverencia a la mística del oficio.

Para Noris, José (*in memoriam*), Julia y Marçal,
Clarisa, Carola, Pilar, Renata y Artur

Agradecimientos

Lo que no se percibe ni se comprende, salvo para asustarse e indignarse, es la intensa fusión intelectual y afectiva que, en grados y modos diferentes según las épocas, une a los miembros del grupo en la participación en un modo de organización del trabajo del pensamiento que es perfectamente antinómico de la visión literaria (y muy parisiense) de la “creación” como acto singular del investigador aislado (visión que lleva a tantos investigadores mal formados y mal equipados intelectualmente a preferir los sinsabores, las dudas y, a menudo, los fracasos y la esterilidad de la labor solitaria a lo que ellos perciben como la alienación despersonalizadora de un proyecto colectivo).

PIERRE BOURDIEU, *Autoanálisis de un sociólogo*

Este libro fue posible en el contexto del intercambio extremadamente fructífero entre los miembros del grupo Prismas, reunido en el Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes (Argentina), dirigido por Carlos Altamirano, y el equipo de investigadores liderado por Sergio Miceli, nucleado en el Programa de Posgrado en Sociología de la Universidad de San Pablo (Brasil). Los resultados más concretos de esa asociación fueron los dos volúmenes de la obra

colectiva *Historia de los intelectuales en América Latina*¹ y el libro *Retratos latinoamericanos*,² sobre la autobiografía, que será publicado próximamente. Además de ello, estamos convencidos de que las amistades y las diversas relaciones de trabajo entabladas entre los integrantes de los dos grupos han sido fundamentales para todos nosotros en los últimos años.

En uno de los seminarios de preparación de la primera obra referida, en noviembre de 2006, nos conocimos, y pocos meses después comenzamos a pensar en la posibilidad de emprender una investigación conjunta, que se inició finalmente con la estancia posdoctoral de Luiz Jackson en la Universidad Nacional de Quilmes –financiada por la Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nivel Superior (Capes)–, entre los meses de agosto de 2008 y julio de 2009. La decisión de realizar un posdoctorado en la Argentina no es usual, una vez que los destinos internacionales más comunes para investigadores brasileños y argentinos suelen ser los Estados Unidos o Europa.

Nuestra expectativa era la realización de un trabajo en colaboración, ahora concluido, que apuntara a una comparación de las fases iniciales del proceso de institucionalización de las ciencias sociales en Brasil y en la Argentina. En 2009, la investigación fue incorporada al proyecto temático financiado por la Fundação de Amparo a Pesquisa do Estado de São Paulo (Fapesp), “Formação do campo intelectual e da indústria cultural no Brasil contemporâneo”, coordinado por Sergio Miceli, con la participación de Maria Arminda do Nascimento Arruda, Lilia Schwarcz, Marcelo Ridenti, Heloisa Pontes, Heloisa Buarque, Alexandre Bergamo, Esther Hamburger y Fernando Pinheiro. Las distintas actividades de dicho proyecto, sobre todo sus seminarios regulares, fueron muy provechosas para el desarrollo de nuestra investigación.

¹ La obra fue coordinada por Carlos Altamirano. El primer volumen, *La ciudad letrada, de la conquista al modernismo* (2008), fue organizado por Jorge Myers; el segundo, *Los avatares de la ciudad letrada en el siglo xx* (2010), por Carlos Altamirano.

² Obra organizada por Jorge Myers y Sergio Miceli.

Como ya mencionamos, la interlocución con los participantes del grupo Prismas –principalmente Carlos Altamirano, Jorge Myers, Adrián Gorelik, Elías Palti, Anahi Ballent y Flavia Fiorucci– fue, también, extremadamente importante para la maduración de nuestras ideas.

En 2011, Alejandro Blanco fue beneficiario de una beca concedida por el Programa de Becas para Profesores Visitantes Internacionales de la Universidad de San Pablo, que le permitió realizar dos estancias en Brasil –una en 2012 y otra en 2013–, esenciales para la redacción conjunta del texto.

Nuestra colaboración implicó, también, la organización –con Fernando Pinheiro y Gustavo Sorá– de dossiers para las revistas *Prismas* (N° 13, 2009) y *Tempo Social* (vol. 21, N° 2, 2009; vol. 23, N° 2, 2011), de los cuales participaron Davi Arrigucci Jr., Angela Alonso, Sergio Miceli, André Botelho, Heloisa Pontes, Marcelo Ridenti, Maria Arminda do Nascimento Arruda, Fábio Cardoso Keinert, Dimitri Pinheiro da Silva, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, Adrián Gorelik, Hugo Vezzetti, Mariano Plotkin, Jimena Caravaca, Fernando Devoto, Adolfo Prieto, Rodrigo Ramassote, Flavio Moura y Guilherme Simões.

Quisiéramos mencionar, afectuosamente, a colegas y amigos que de diversas maneras nos apoyaron en esta apuesta: Sergio Miceli, Carlos Altamirano, Jorge Myers, Heloisa Pontes, Maria Arminda do Nascimento Arruda, Gustavo Sorá, Fernando Pinheiro, Roy Hora, Mariano Plotkin, Diego Pereyra, José Zanca, Fernanda Beigel, Maria Célia Paoli, Irene Cardoso, André Botelho, Antonio Brasil, Luís Carlos de Oliveira, Arturo Grunstein, Evania Guilhon, Rafael Mott, Lidiane Rodrigues y Vassili Rivron.

Agradecemos, por último, las entrevistas generosamente concedidas por Antonio Candido y Adolfo Prieto, y ofrecemos este libro a nuestros familiares y amigos.

Noviembre de 2014